RESEÑAS

Cornelii Taciti *Annalium Libri* III-VI/ Cayo Cornelio Tácito, *Anales*, Libros III-VI, intr., tr. y nts. José Tapia Zúñiga, 2005, México, UNAM, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana.

Con este volumen, que como es costumbre en la colección está compuesto de una introducción, textos latino y español, y sendos cuerpos de notas, José Tapia continúa su propósito de verter al español la obra de uno de los más grandes historiadores romanos, al lado de Tito Livio y de Suetonio. Ya antes tradujo del mismo autor la *Vida de Julio Agrícola*, y las *Historias*; pero acaso Tácito sea quien mayor huella ha dejado para la historiografía de todos los tiempos, porque describió con gran precisión y belleza la naturaleza humana, sobre todo cuando entra en contacto con los mecanismos del poder; como bien lo supo describir Vico: mientras Platón contempla al hombre como debe ser, Tácito lo retrata como es.

En este segundo volumen, que comprende los libros que van del tercero al sexto de los *Anales*, Tácito prosigue el retrato de Tiberio que, en los libros anteriores, había tomado como pretexto el desarrollo de lo que sin exagerar podría llamarse la tragedia de Germánico. Se trata, sin lugar a dudas, del mejor retrato del poderoso, del hombre de gobierno, de sus miedos y sus excesos, de sus estrategias, del uso que hace del aparato de Estado, de sus alianzas y hasta de sus adversarios; estos libros del primero al sexto, incluidos en los dos primeros volúmenes de esta edición de los *Anales*, son un antecedente de lo que habría de ser la famosa obra de Maquiavelo. Debí de ser esta obra, junto con las *Historias*, el texto de todos aquellos hombres con acceso a la educación que aspiraron a conocer los mecanismos de la política. Leamos a Tácito pues, aunque no estemos destinados a las labores de gobierno —a Tácito lo leyeron los reyes, los príncipes—; el presente volumen nos regala ahora la ocasión de que democráticamente tengamos una educación regia. No la desperdiciemos. La gran lección es que también el poder se fascina con la belleza.

RESEÑAS

En efecto, la forma no es aspecto secundario en la pluma de Tácito. Su concisión y contundencia parecen siempre imposibles de lograr al ponerlas en otro idioma; su maestría oratoria jamás es lastimada por el tono panfletario o por el formulario desgastado de la retórica; la altura casi poética de sus expresiones y la distribución dramática de los episodios, una vez que han entrado en la mente del lector, provocan cierto deleite inesperado cuando se lee el original latino. Por eso entre otras razones, el propósito de traducir a Tácito es simultáneamente digno de encomio y de censura, como sucede casi con todas las grandes obras, y no pocas veces el mismo traductor me ha confesado el temor reverente con que realiza su trabajo, en ocasiones no tan literal como él supone.

Historia y literatura, como en Tucídides; poesía y pensamiento, como en Platón; acción y psicología, como en César o Virgilio; economía léxica, como en Horacio. Siendo gran maestro, romano como pocos, aun habiendo nacido en la Galia, Tácito nos da las mayores lecciones de humanismo. Pero nada más ajeno de este humanismo, aun si fuera mediante el estudio de las letras latinas, que la posibilidad de alienarse de la situación concreta. Leer a Tácito para aprender latín, para estudiar historia, para gozar de la literatura, está muy bien sin duda, pero el autor nos arroja sin concesiones a nuestro entorno político inmediato.

136

No pienso ofrecer aquí en charola de cobre lo que este libro nos regala en oro: invito al lector a tener en la mente, mientras lee en español las palabras de Tácito, la realidad social que nos envuelve. Y es que la trasposición de los hechos y personajes descritos está en el origen de la obra taciteana, pues el autor no escribió de su propia época, aunque bien sabía que más de uno podía reconocerse en sus páginas. Además, Tácito configura paulatina y retóricamente su propio personaje como narrador de acontecimientos que a la opinión de la mayoría pudieran parecer insignificantes, pero cuya dificultad lo apuntalan como un historiador de los grandes. Dice Tácito:

Pues la descripción de los pueblos, la variedad de los combates, la muerte gloriosa de los generales, retienen y renuevan la atención de los lectores; yo, en cambio, pongo en serie órdenes crueles, continuas acusaciones, amistades falaces, ruina de inocentes y las mismas causas de perdición, con una inevitable y tediosa uniformidad de acontecimientos. En segundo lugar, los historiadores antiguos raramente encuentran detractores, ya que a nadie le importa que hayas ensalzado con mayor complacencia a los ejércitos cartaginenses o a los romanos; en cambio, todavía viven

los descendientes de muchos que bajo el reinado de Tiberio padecieron castigos e infamias; y aunque las propias familias ya se hayan extinguido, encontrarás a personas que, por la semejanza de costumbres, creerán que se les echan en cara las malas acciones de los demás. También la gloria hija de la virtud tiene sus enemigos, como aquella que demasiado cerca desmiente a sus opuestos (IV, XXXIII, 3-4).

Pero, aun opuesto al régimen que describe, Tácito se presenta a sí mismo como historiador veraz ya que, ante la opinión de que Tiberio hubiese participado en el asesinato de Druso, afirma:

Decidí referir y refutar estos rumores para rechazar con un claro ejemplo las falsas habladurías, y para rogar a aquellos en cuyas manos caiga nuestro trabajo que no antepongan las noticias divulgadas increíbles, que han sido escuchadas con avidez, a las verdaderas y no alteradas en función de lo maravilloso (IV, XI, 3).

Tampoco ignora el papel social, como censor, que debería desempeñar el historiador.

Me he propuesto —dice Tácito— exponer solamente las proposiciones insignes por su honestidad o por su notable ignominia, lo cual estimo tarea propia de los anales, de manera que no queden en silencio las virtudes y para que las palabras y acciones perversas tengan miedo a la infamia de la posteridad. Por lo demás, aquellos tiempos estaban tan corrompidos y degradados por la adulación que no sólo los más importantes de la ciudad, que debían proteger su propia fama con el servilismo, sino todos los consulares, gran parte de aquellos que habían desempeñado la pretura e incluso muchos senadores de a pie, se levantaban a porfía y votaban propuestas vergonzosas e inmoderadas. Se cuenta que Tiberio, cada vez que salía de la curia, solía exclamar en griego, algo así como: “¡Oh, hombres hechos para la esclavitud!”; sin duda, incluso aquel que no quería la libertad del pueblo, sentía asco por tan rastrero conformismo de estos esclavos (III, LXV, 1-3).

Y no es mera coincidencia cualquier semejanza con los tiempos que ahora corren. Sin duda, falta entre nosotros el historiador a cuya pluma pudieran temer los malos políticos, pero harían bien en temer a Tácito, porque si se lee bien, tampoco se necesita otro. Además, aunque son muchas las enseñanzas que aparte del deleite trae consigo la lectura de Tácito, para él no hay que

RESEÑAS

confundirse: “Los príncipes son mortales, la república, eterna” (III, VI, 3). Sabia lección: Tácito ama a Roma, pero ese amor no le impide retratar con realismo los mecanismos del poder que sustentan al objeto de su amor; los describió con valor y perseveró, no sin riesgo, en su propósito; no era fácil, aun tratándose de tiempos pasados, referirse al exceso del poder y al engaño con que suele presentarse, a la bajeza de las peligrosas adulaciones, a lo execrable de la crueldad, a la cobardía que impone el miedo. Un acusado de lesa majestad, por ejemplo,

soportó la reanudación de la acusación, las voces hostiles de los senadores, la adversidad general que se ensañaba con él, pero nada le causó más espanto que el ver a Tiberio sin misericordia, sin ira, obstinadamente encerrado en sí mismo, para que no se manifestaran sus sentimientos (III, XV, 2).

Tácito, si bien sabía que “se debilita la ley cada vez que se aumenta el poder, y no se debe recurrir a la autoridad cuando se puede actuar conforme a las leyes” (III, LIX, 4), también tenía claro, como debía serlo para nosotros, que “en una república tan corrompida se multiplicaron las leyes”.

Pero es difícil en español superar la concisión latina: *corruptissima re publica plurimae leges* (III, XXVII, 3).

Tácito tuvo éxito en su empresa, a pesar de las dificultades y riesgos, gracias a su posición elevada en el gobierno, a su acceso a las fuentes, pero sobre todo al arte de su pluma, y en ésta se halla en gran parte la dificultad de encontrar a un nuevo Tácito. Aunque se tenga acceso a los archivos y se goce de prestigio social y de recursos económicos, es difícil que vuelva a surgir su manera de hacer historia.

JOSÉ MOLINA
Centro de Estudios Clásicos
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM